

Las huellas que seguimos en esta ocasión fueron dejadas hace poco más de quinientos años sobre una húmeda región de la mitad norte de Inglaterra. Se trata del *Libro de Margery Kempe*, conservado en un único manuscrito (British Library MS. Additional 61.823), copia de un original perdido¹. El manuscrito, del siglo xv, pervivió ignorado entre los muros de la abadía de Mount Grace, en Yorkshire, posiblemente hasta mediados del xviii, siendo identificado sólo a principios del xx. Aunque no podemos determinar el prestigio del que gozó esta obra en su época, debió de tener amplia difusión entre las casas religiosas locales, atribuyéndose poco después su autoría a una eremita. Parece, pues, garantizada su transmisión manuscrita entre conventos y monasterios, y posiblemente también entre laicos². De hecho, ya en el xvi encontramos varias ediciones impresas de cierto florilegio que recoge pasajes místicos entre los que se incluyen fragmentos de esta obra, lo que evidencia su notoriedad. De lo que no hay duda es de la ascendencia que ha alcanzado tras su descubrimiento reciente: aunque en un principio su valía no fue reconocida, en las últimas décadas ha pasado a estimarse como texto clave de la literatu-

¹ Las ediciones sobre las que se basa la presente traducción son la que recoge el texto original en inglés medio, de B.A. WINDEATT (Edinburgh Gate, Longman Annotated Texts, 1999) y la versión traducida al inglés moderno e introducida por L. STALEY, edición crítica publicada por Norton (Londres y Nueva York, 2001). En cuanto a los criterios de traducción, he intentado reflejar el estilo de la obra, caracterizado por una sintaxis simple y de estructuras repetitivas y por un lenguaje llano que circula indistintamente por los fragmentos de diálogo y de narración en tercera persona. En este sentido la propia obra encarna la frontera entre oralidad y escritura. La alternancia entre el dramatismo de los diálogos y la mera narración se refuerza por la marcada dualidad existente entre la esfera divina y la humana. Mediante esta alternancia, el relato va adquiriendo la cadencia de la letanía, y los altibajos de esta mujer se van entendiendo como insertos en un flujo superior del que no parece poderse sustraer.

² Particularmente, en este momento la literatura piadosa empezaba a ser compartida tanto por comunidades de monjas como por damas y mujeres de la clase media laica que tenían acceso a textos escritos —como demuestra el ejemplo de la propia autora. Véase al respecto el capítulo de J. BOFFEY, «Women Authors and Women's Literacy in Fourteenth- and Fifteenth-Century England», en C.M. MEALE (ed.), *Women and Literature in Britain, 1150-1500*, Cambridge, Cambridge University Press, 1993, pp. 159-182.

ra y cultura inglesas y como un hito en la transición hacia el surgimiento del discurso femenino moderno.

Su carácter ambiguo y contradictorio, en el que confluyen y se imbrican aspectos tan controvertidos como la autoría femenina, la historia social, el elemento autobiográfico, el místico o el hagiográfico hacen del libro uno de esos objetos catalogados con la etiqueta de «raro», resistente a cualquier categoría literaria que pretenda abarcarlo y que encorsete asimismo a su protagonista indiscutible: Margery, la hija de John Brunham —personaje de peso en la vida política de una de las ciudades más activas de East Anglia, Bishop's Lynn—, viajera infatigable, casada y madre de catorce vástagos, activa empresaria venida a menos y cuyo prestigio social quedó visiblemente mermado por su cada vez más incontenible y prolongada adicción a las visiones sagradas. Por otro lado, de la Margery Kempe de carne y hueso, nacida en 1373, no queda más constancia que un documento que acredita su ingreso en el gremio de la Trinidad de su ciudad, en 1438. Su propia obra puebla, pues, el vacío desalentador de los registros institucionales, dando cuerpo a un personaje que ha resultado desconcertante y molesto para la crítica tradicional.

Ésta ha presentado a Margery como una mujer presa de la histeria y la paranoia, incapaz de superar una depresión *post partum* que la sumerge en una psicosis de la que nunca sanará y cuyas víctimas serán un marido al que descuida hasta que lo atacan la vejez y la enfermedad, unos hijos a los que apenas nombra a lo largo de su relato y todo un vecindario que ha de soportar sus públicos arrobamientos místicos. Cegada por la peculiaridad del personaje, esta crítica la ha tildado de caprichosa, escandalosa y desequilibrada, restando credibilidad a su discurso y tendiendo a infravalorar su obra³. Hablan de un misticismo de segunda fila, demasado terrenal, cotidiano y hasta voluble.

Más recientemente, sin embargo, otras voces críticas han venido a matizar «el escándalo» de esta autobiografía y de su estilo. Uno de los argumentos esgrimidos a su favor ha sido el de la pericia de la autora en el manejo de las convenciones hagiográficas: si a la condición liminar que de por sí supone la santidad se suma el género femenino de quien la ostenta, la potente reacción que produce la beatitud de las mujeres resulta comprensible y simbólicamente relevante. La hagiografía es uno de los géneros que dispone la anormalidad como convención y hace de ella reclamo de ejemplaridad y recurso de autoridad. Kempe se vale de ello al enfatizar la singularidad de su conducta como propia de una criatura indigna, a la que se pone a prueba no sólo con las típicas miserias físicas (diversas enfermedades), morales (las tentaciones a que se expone), o espirituales (los silencios y desorientación a que su dios la sentencia en ocasiones), sino sobre todo con el rechazo social, frente al cual se crece o se desarma de la forma más dramática y entrañable.

³ Véase E. BREMNER, «Margery Kempe and the Critics: Disempowerment and Deconstruction», en S. MCENTIRE (ed.), *Margery Kempe: A Book of Essays*, Nueva York y Londres, Garland, 1992, pp. 117-35.

Aunque se parte del modelo hagiográfico, la excentricidad de esta mujer está tan realzada que llega a forzar la propia coherencia del relato, creándose un producto también marginal y representativo de la transición cultural de su momento⁴. En efecto, es una santa en la que creen muy pocas personas y de la que muchas otras desean huir; una pecadora elegida por Dios precisamente para seguir siendo como es, capaz de especular y de negociar sus sacrificios con las figuras de poder (véase el episodio en que, teniendo que elegir entre el ayuno o la castidad, pide el beneplácito divino para llegar al acuerdo que más le conviene a ella misma), que recibe promesas divinas que no siempre se le cumplen, y que cae en la contradicción, la desesperanza o la duda. Además, se trata ésta de una hagiografía sin el final feliz de estas leyendas, una auténtica apología de la terrenal incompreensión en aras de un entendimiento superior con la divinidad, que, sin embargo, tampoco llega a consumarse: la sintonía entre la santa y su dios no se corona con la apoteosis final que supondría el encuentro de la criatura con su creador tras la muerte de ella. En efecto, el relato cubre sólo las experiencias vividas desde sus veinte años hasta una avanzada edad; pero tras una oración final que oímos a la anciana Margery, ningún narrador se encarga de glosar su muerte y ascenso a los cielos. De ahí que los momentos culminantes de los que depende el juicio definitivo del lector queden, al igual que su infancia y juventud, desamparados, perdidos al margen de la historia, aumentando así la ambigüedad de esta particular vida.

Parafraseando a Beauvoir, se ha dicho⁵ que una no nace santa; se hace. Es decir, para serlo, la santidad debe sobre todo tener predicamento en la comunidad en cuyas orillas se autositúan estas figuras marginales. Y para ello se precisa de la narración. Kempe fue plenamente consciente del requisito narrativo, que ella astutamente vincula a la voluntad divina, tal y como demuestra el prohemio que presentamos aquí: en él, la iletrada Margery logra dictar sus experiencias a dos escribas; el primero muere antes de completar la obra y su letra resulta un galimatías para el segundo, incapaz de transcribirla a no ser por la mediación de la visionaria, que intercede ante Dios para que dé al clérigo la facultad de entender los caracteres del primer amanuense. Se ha especulado⁶ con la posibilidad de que ese primer escriba no fuese otro que uno de los hijos de Margery, quien, siguiendo el ejemplo del hijo de Santa Brígida —modelo de santidad en la Inglaterra bajomedieval— se habría

⁴ Véase K. ASHLEY, «Historizing Margery: *The Book of Margery Kempe* as Social Text». *Journal of Medieval and Early Modern Studies*, vol. 28 (1998), pp. 371-88, y D. AERS, *Community, Gender and Individual Identity*. Londres, Routledge, 1988, pp. 73-80.

⁵ J. T. SCHULENBURG, *Forgetful of Their Sex: Female Sanctity and Society, ca. 500-1100*. Chicago y Londres, The University of Chicago Press, 1998, p. 59.

⁶ El estudio de C. W. ATKINSON, *Mystic and Pilgrim: The Book and the World of Margery Kempe* (Ithaca, Cornell University Press, 1983), fue uno de los primeros intentos serios de rehabilitar a esta figura ante los ojos de una crítica hostil a su supuesta voluntariedad. Es ella quien glosa rigurosamente la cercana relación entre los elementos de esta obra y la biografía e influencia de la santa sueca.

rehabilitado a ojos de la divinidad tras una vida disoluta —para alegría de su madre. Así, la voluntad divina es la que acaba determinando ambas redacciones de la vida sacra. El prólogo intenta sellar el escrito con la garantía de eternidad, realizándose con ello el carácter mediador de la mujer, que facilita gracias a este dictado de su vida la salvación de los dos amanuenses —extensible a su vez a los lectores.

Margery debe de haber advertido que su fuerza radicaba en una construcción social de la santidad; por eso reviste su caso de todos los motivos que se atribuyen a las vidas de santos, y que conoce al dedillo. Aunque se disfraza de ignorante, muestra su familiaridad con la literatura mística y hagiográfica que circulaba en su momento. Así, lo que unos han interpretado como excentricidades y patologías no es para otros⁷ sino el resultado de la observación estricta de los consejos sobre ejercicios espirituales de una obra clave del siglo XIII, *Meditationes vitae Christi*, traducida al inglés en 1410 y enormemente famosa entre las mujeres laicas. En ella aparecen ya elementos tan recurrentes en la literatura hagiográfica como la aparatosidad del éxtasis, las dramáticas escenas de la Pasión, el peregrinaje, la conversación sacra, o los primeros cuidados debidos al niño Jesús tras su alumbramiento. Por tanto, podemos decir que la obra no hace sino ajustarse a un modelo de literatura piadosa que se alimentaba, a su vez, de una cultura cristiana de la compasión que las mujeres asimilaban sobremanera. En cuanto a los ejemplos de relatos de experiencias místicas de que pudo haber dispuesto nuestra autora, destacan la *Scala perfectionis* de Walter Hilton, el *Incendium amoris* de Richard Rolle of Hampole, o el *Liber revelationum celestium Sancta Birgitta*, de Santa Brígida, fundadora de la orden homónima que se instaló en Inglaterra con gran éxito durante el reinado de Enrique V. Es precisamente en la abadía de Syon, perteneciente a esta orden, donde acaba el último de los viajes descritos por Margery. Esta abadía constituyó un poderoso centro de piedad femenina según una regla en la que las mujeres, regidas por una abadesa, debían ser servidas por sacerdotes, monjes y hermanos legos, siguiendo el ejemplo de la visión de la Navidad que tuvo la santa, en la que San José servía a la Virgen.

Este motivo de la superioridad femenina de alguna manera venía a refutar la máxima paulina de que las mujeres no deben predicar (1 Timoteo 2:12), que defienden los eruditos a los que se encara Margery en uno de los capítulos aquí incluidos. Dicha primacía femenina estuvo apoyada desde Oxford por su canciller, Thomas Gascoigne, así como por la monarquía Lancaster. En algunos de los pasajes inquisitoriales incluidos en nuestra selección encontramos a Margery reproduciendo el modelo de las leyendas de Santa Margarita de Antioquía o de Santa Catalina de Alejandría, mujeres capaces de debatir y vencer dialécticamente en sus enfrenta-

⁷ G.M. GIBSON, «Saint Margery: *The Book of Margery Kempe*», en *The Theatre of Devotion: East Anglian Drama and Society in the Late Middle Ages*. Chicago, University of Chicago Press, 1989, 47-53; S. BECKWITH, «Margery Kempe's *Imitatio*», en *Christ's Body: Identity, Culture and Society in Late Medieval Writings*, Londres, Routledge, 1993, 80-83.

mientos a las jerarquías masculinas —que en aquellas tempranas leyendas eran paganas y que en esta ocasión son cristianas. Vemos, pues, un manejo del género hagiográfico no sólo al servicio de los valores patriarcales sino asimismo de la conveniencia particular de esta mujer.

Recordemos que en el siglo xv el clero está especialmente sensibilizado y alertado contra la predicación bíblica por parte de los laicos, pues una de las premisas de la herejía lolarda que había florecido desde finales del xiv en Inglaterra —y que había alcanzado especial vigor precisamente en el norte del país— era que toda persona tenía el derecho de leer directamente la Biblia y hasta de predicar. Esto causó una reacción eclesiástica fortísima, que hizo sobre todo de las mujeres capaces de leer o de aplicarse en estos temas —más llamativas que los hombres con la misma habilidad— víctimas potenciales de las denuncias vecinales. De hecho, en el pasaje sobre el interrogatorio que incluimos, Margery refuta la cita paulina con otra extraída de Lucas 9: 27-28, que había sido esgrimida justamente por un lolardo en referencia al derecho femenino de ejercitar la palabra pública⁸.

También en la figura de Santa Brígida tenemos un modelo de santidad de mujer poderosa; casada y madre de muchos hijos, visionaria, profetisa, viajera y fundadora. Otra de las lecturas influyentes para Margery fue *La vida de Marie d'Oignies*, reconocida en Europa por su piedad, castidad dentro de la vida de casada, y por su devoción y lágrimas. Kempe se relaciona con estos patrones hagiográficos, dando cuenta así, igual que ocurría al principio con el motivo de los dos escribas, de que existe una corriente divina que diseña su vida y la vincula a las de aquellas santas, una corriente superior que, sin embargo, ella no se atreve a reconducir directamente. Así, nunca toma el puesto de narrador autobiográfico que cuenta la historia en primera persona, sino que traspassa esta función a sus escribas. Éstos no son sólo copistas que transcriben fielmente el dictado que escuchan, sino que, además, se proyectan como narradores que usan la tercera persona para referirse a esa «criatura» cuya historia relatan. La protagonista queda entonces sutilmente alejada, ensimismada en su vida, en las conversaciones con sus allegados y con los seres celestiales, ajena a un supuesto juicio de los narradores y lectores posteriores. El efecto no es otro que el de aumentar la impresión de modestia en el retrato de la supuesta santa⁹.

La cuestión autobiográfica es uno de los aspectos más fructíferos en las discusiones sobre el libro, ya que nos encontramos en una época fuertemente condicionada por el interés y el estilo confesionales, cuyo modelo había sido desde la temprana Edad Media el de las *Confesiones* agustinianas. Es precisamente la pasión y cercanía absolutas con la que la protagonista conversa con los seres celestiales lo que en esencia la vincula a la tradición de San Agustín, y es principalmente en los

⁸ K. LOCHRIE, *Margery Kempe and Translations of the Flesh*. Filadelfia, University of Pennsylvania Press, 1991.

⁹ L. STALEY, *Margery Kempe's Dissenting Fictions*. University Park, Pennsylvania State University Press, 1994.

intensos diálogos con Cristo donde escuchamos la segunda persona del singular y asistimos desde la lectura a conversaciones sacras que confirman las pretensiones de esta mujer. La propia práctica confesional era descrita en los penitenciales medievales como un acto teatralizado, de gestos y palabras precisos, que debían emitirse expresiva y ruidosamente. Su dramatismo quedaba justificado por el efecto salvífico que transfería, pues tras la absolución el alma fragmentada quedaba milagrosamente regenerada y sana, capaz de unirse al cuerpo cristiano del que se había desmembrado temporalmente¹⁰. Margery nos muestra una conciencia individual fuerte, pero asimismo ágil, una identidad en constante flujo, que requiere de la confesión para equilibrarse. En el momento en que falla tal desahogo, la criatura se desestabiliza (el primer episodio de su vida que nos cuenta es precisamente el de la crisis de conciencia que le sobreviene cuando no recibe la satisfacción esperada de un confesor; crisis que, tras un rapto de locura, desemboca felizmente en la conversación íntima con el propio Cristo).

La pasión de Margery por la confesión la llevará a una estrecha y genuina relación con varios religiosos en los que confía ciegamente, esquema éste que se repetirá en la elección del segundo escriba. En este sentido, la escritura del libro no resulta ser más que la consecución lógica de una serie de confesiones previas en las que predomina el aspecto confidencial más que el doctrinal. En efecto, Margery confunde continuamente confesión y confidencia; así, de igual manera que se la ha acusado de resistirse a la sublimación extrema propia de los místicos más relevantes de la vía negativa, también apreciamos en su confesión una tendencia a dignificar y justificar sus pecados, y a señalar a un dios no demasiado dolido por ellos. De hecho, este personaje vivifica y humaniza a los seres celestiales con los que se codea mediante lazos de familiaridad también cambiantes, confiriendo una enorme fuerza visual a la dimensión de lo sublime. Por otra parte, los planos humano y divino están tan cerca en la memoria de la mujer, que se intercalan e interfieren sin estrépito. Laurie Finke¹¹ defiende el misticismo como una de las pocas posibilidades que tuvieron las mujeres medievales de hacer valer su propia voz, evadiéndose de la autoridad institucional de la Iglesia, incapacitada para repudiar la relación directa entre la divinidad y las visionarias que la propia Iglesia había promovido siglos antes¹². En este sentido, y aplicando ese uso del misticismo a lo confesional, Kempe no sólo gestiona de forma particular y privada su relación con el cielo, sino que parece rebelarse también contra la rigidez del sacramento, transformándolo en ocasiones para rememorar y disfrutar del recuerdo de sí misma.

¹⁰ J. ROOT, «Space to Speke». *The Confessional Subject in Medieval Literature*. Nueva York, Peter Lang, 1997.

¹¹ *Feminist Theory, Women's Writing*. Ithaca, Cornell University Press, 1992, p. 78.

¹² J.A. McNAMARA, «The Rhetoric of Orthodoxy: Clerical Authority and Female Innovation in the Struggle with Heresy», en U. WIETHAUS (ed.), *Maps of Flesh and Light. The Religious Experience of Medieval Women Mystics*, Syracuse, Syracuse University Press, 1993, pp. 9-27.



Aun a pesar de ese fuerte componente individual, queda por determinar si fue ella quien realmente escribió su biografía o si tuvo que recurrir a las diestras manos de los escribas para que recogieran en ellas la voz que fluía de su memoria. De ser cierto lo que dice el prólogo, se podría argumentar que realmente el elemento autobiográfico queda en suspensión, dado que los amanuenses podrían haber tergiversado la información, o cuando menos, seleccionado de los pasajes dictados los que más les convencieran. La crítica actual se encuentra todavía dividida entre quienes creen que el recurso a los copistas no es más que la excusa con la que Kempe obtuvo inmunidad frente a una institución eclesiástica celosa de su control de la palabra escrita y desconfiada ante el uso que las mujeres hacían de ella, y quienes simplemente creen factible que Margery fuera iletrada o no supiera escribir. En cuanto a este último punto, la propia obra desmiente su ignorancia (aunque ella se defendiera de las acusaciones de herejía protestando que no sabía latín) cuando nos la muestra discutiendo con los entendidos sobre pasajes de los Evangelios. En otro fragmento (no incluido en esta selección), encontramos a uno de los clérigos con los que más íntima leyéndole en voz alta los éxitos místicos del momento. Era éste un modo de lectura comunitaria muy frecuente en la transmisión literaria del momento. No obstante, y de forma paralela a esa lectura en grupo y en voz alta, muchas de las mujeres laicas de buena posición, sobre todo las dedicadas a los negocios, estaban también capacitadas ya para leer en silencio y hasta para escribir. Quizás podamos imaginar a Margery Kempe como una de esas industriosas mujeres del temprano mercantilismo nórdico, capaces de llevar sus propias cuentas y de leer y releer en privado y con extrema devoción todo manual piadoso que se tradujera al inglés.

Esta referencia a su independencia económica nos lleva asimismo a plantear el peculiar modo en que define su condición femenina. Las revelaciones que le son dadas no la animan a la reclusión monjil o a la vida de las eremitas que tanto frecuentó, sino justamente a lanzarse al mundo en una actitud de apostolado militante, siguiendo la estela de las beguinas europeas¹³. Pero en su labor apostólica no se presenta sólo como mística arrebatada o viajera sufrida, sino asimismo como virgen, lo que supone una subversión digna de su carácter. En efecto, entre los diversos modelos de santidad que sigue, destaca el celeberrimo de la Magdalena penitente, que tan bien encaja en su papel de plañidera y pecadora arrepentida. A la prostituta se le había concedido la santidad y el poder de trascender su «naturaleza femenina». Sin embargo, el personaje de Margery no se contenta con arrepentirse de haber gozado de los placeres carnales que la siguen trastornando de tarde en tarde, sino que se propone alcanzar de nuevo el estado de virginidad, resultando pionera en este intento de reestructurar su propio cuerpo a voluntad¹⁴. Frente a lo

¹³ Véase E.A. PETROFF, *Body and Soul. Essays on Medieval Women and Mysticism*. Nueva York y Oxford, Oxford University Press, 1994, pp. 51-65.

¹⁴ V.E. NEUBURGER, *Margery Kempe: A Study in Early English Feminism*. Berna, Peter Lang, 1994, p. 75.

predicado por la Iglesia, recurre a la idea de virginidad precisamente para escapar de la deuda marital (1 Corintios, VII: 3) de la que Dios la libera. En un pasaje temprano de la obra, Cristo le promete a esta madre que defenderá su castidad incluso matando a su esposo si intenta interferir. Poco después le exigirá que vista de blanco, subversión máxima en una época intolerante con la falta de humildad que supone para la mujer el pretender regresar al estadio de pureza original¹⁵ una vez que ha perdido la virginidad. Sin embargo, al igual que el deseo de martirio de Margery es lo que constituye su auténtico tormento, su deseo de castidad la transforma en virgen¹⁶; la suya es, de nuevo, como la santidad y la relación con Dios, una virginidad hecha a medida.

Para terminar, y dejando mucho en el tintero, podemos decir que desde esa época de transición entre la Edad Media y la temprana modernidad inglesa, el intento de Margery Kempe por definir su lugar en el mundo mediante un libro es, cuando menos, deslumbrante. Resulta llamativa su capacidad para crear un estilo abierto, en el que se solapan la misericordia más humana con la sensualidad más divina, la sinceridad y la ilusión, el pasado y el presente y las geografías mentales y físicas más diversas. Por otro lado, la destreza con que consigue mantenerse a flote sobre el oscilante mar de la ortodoxia cristiana demuestra, a nuestro entender, no una locura indiscreta, sino su enorme intimidad con la ficción.

SELECCIÓN DE TEXTOS

PROHEMIO

Aquí empieza un pequeño y reconfortante tratado para los descarriados pecadores, en el que pueden éstos encontrar gran solaz y consuelo para sí y entender la gracia elevada e indecible de nuestro soberano salvador Jesucristo —cuyo nombre sea reverenciado y ensalzado sin fin— quien en nuestros días se digna ejercitar su nobleza y bondad sobre cada uno de nosotros, indignos. Todas las obras de nuestro salvador son para nuestro castigo e instrucción y la gracia que ejerce sobre cualquier criatura es para nuestro beneficio, si nuestra falta de caridad no es impedimento.

Y por tanto, por merced de nuestro generoso señor Jesucristo, y para la gloria de su santo nombre, Jesús, este pequeño tratado versará en parte sobre sus maravillosas obras, cuán generosa, benigna y caritativamente conmovió e inspiró hacia su amor a una pecadora confundida, la cual durante muchos años había deseado e intentado seguir a nuestro salvador a través de la ayuda del Espíritu Santo, haciendo grandes promesas de ayuno, junto con otros muchos actos de

¹⁵ J. WOGAN-BROWNE, *Saint's Lives and Women's Literary Culture. Virginity and Its Authorizations*. Oxford, Oxford University Press, 2001.

¹⁶ S. SALIH, *Versions of Virginity in Late Medieval England*. Cambridge, D.S. Brewer, 2001.



mortificación. Pero siempre regresaba al momento de la tentación —como la caña que se dobla con el golpe de brisa y no puede erguirse a menos que sople el viento— hasta el momento en que nuestro generoso señor Jesucristo, apiadado y compadeciéndose de su obra y criatura, transformó la salud en enfermedad, la prosperidad en adversidad, la respetabilidad en reprobación y el amor en odio.

Así, cuando todo se hubo vuelto del revés, esa criatura, que durante muchos años había andado descarriada y había sido inestable, fue encauzada a entrar por la vía de la alta perfección, de la cual fue ejemplo nuestro salvador Cristo en propia carne. Con determinación él emprendió el camino y fue delante. Entonces esta criatura —cuya vida este tratado mostrará en parte, por la merced de Jesús— fue tocada por la mano de nuestro Señor con gran enfermedad corporal, por la que perdió la razón durante largo tiempo, hasta que nuestro Señor se la devolvió graciosamente, como se mostrará más tarde. Sus obras mundanas, que hasta entonces habían sido rentables y abundantes, poco después resultaron estériles y menguadas. Entonces la pompa y el orgullo fueron repudiados y dejados de lado. Aquellos que la habían respetado, poco después la vilipendiaban; sus allegados y los que se decían sus amigos eran ahora sus mayores enemigos. [...]

Algunos de esos notables clérigos admitieron, aun a costa de poner sus almas en peligro al comparecer ante Dios, que esta criatura estaba inspirada por el Espíritu Santo, y la instaron a que mandara a escribir un libro sobre su fervor y revelaciones. Algunos se ofrecieron a escribir tales sentimientos con sus propias manos, pero ella no lo consentía, pues en el fondo de su alma tenía el convencimiento de que no debía escribir tan pronto. Y así pasaron más de veinte años desde que empezara a experimentar sus emociones y confidencias. Cuando a nuestro Señor le pareció conveniente, le ordenó y encargó que pusiera tales sentimientos y visiones por escrito, así como su forma de vida, para que la bondad divina se revelara a todo el mundo. Ocurrió entonces que la criatura no sabía de escritor alguno capaz de satisfacer este deseo ni de hacer creíble su emotividad, hasta que un hombre que vivía en Alemania —aunque era inglés de nacimiento, y se había desposado en Alemania, donde había mantenido a su esposa y su pequeño— conociendo bien a esta criatura y su deseo, decidió mudarse, creo que gracias al Espíritu Santo, y volver a Inglaterra con sus bienes y su mujer, y convivió con dicha criatura hasta que hubo escrito tanto como ella le contara mientras estuvieron juntos. Pero seguidamente murió.

Posteriormente hubo un sacerdote por el que esta criatura sentía gran afecto, así que le habló del asunto y le trajo el manuscrito para que lo leyera. Estaba tan mal redactado que apenas se le encontraba sentido, pues no estaba ni en inglés ni en alemán, ni sus signos seguían los trazos o formas que suelen tener las letras. Así pues, el sacerdote creyó que cualquiera lo encontraría ilegible, a no ser que se tuviera un don especial. Aun así, le prometió que si lograba leerlo, con gusto lo copiaría mejor. En ese momento se desencadenaron tales habladurías sobre esta criatura y sus sollozos que el sacerdote fue presa de la cobardía y no se atrevió a volver a hablar con ella sino muy de tarde en tarde, ni tampoco a escribir lo que había prometido. Y así fue retrasando la transcripción del manuscrito durante cerca de cuatro años o más, por mucho que la criatura se lo pidió encarecidamente. Al final le confesó que no había podido leerlo y que por eso no lo copiaría, pues no se pondría en peligro



por tal acción. Después le aconsejó que fuera en busca de uno que había sido gran amigo del que había escrito el libro, esperando que éste conociera su letra, pues a menudo habría leído sus cartas enviadas desde el otro lado del mar, cuando vivía en Alemania. Así que se dirigió a aquel hombre, pidiéndole que le transcribiera la obra y que nunca lo revelara mientras ella viviera, a cambio de una gran cantidad de dinero por su trabajo. Y el buen hombre copió alrededor de una página, si bien ni siquiera esto tenía coherencia, pues no podía entender el texto bien, dada la mala graffa y el hecho de que había sido escrito sin sentido alguno.

Entonces el cura sintió cargo de conciencia por no haber cumplido su promesa, pues ni siquiera había alcanzado a leer el libro, por lo que no estaba haciendo todo lo que podía. Así que le pidió a la criatura que se lo dejara de nuevo, si podía ser. Ella se lo devolvió con gran gozo, rogándole que trabajara con buena voluntad; que rezaría a Dios y lograría para él la gracia con que poder leerlo y copiarlo. Confiando en sus oraciones, el sacerdote empezó a leerlo y le resultó mucho más sencillo que antes. Así que lo leyó de cabo a rabo en presencia de esta criatura, que a veces lo ayudaba con las partes oscuras.

Este libro no está escrito en el orden en que sucedieron las cosas, sino según éstas fueron llegando a la mente de la criatura cuando tuvo que ponerlas por escrito, pues los sucesos ocurrieron tanto tiempo antes de que se dictaran que a veces ella había olvidado cuándo o el orden en que acontecieron. Pero no se escribió nada que ella no considerara verídico. Cuando el sacerdote empezó a transcribir este libro le empezó a faltar la vista, pues no distinguía la forma de las letras y no podía rectificar con su pluma. Todo lo demás sí lo distinguía suficientemente bien. Se colocó un par de gafas sobre la nariz y el remedio resultó peor que la enfermedad. Al quejarse a la criatura sobre estas dificultades, ella le explicó que el enemigo estaba envidioso de su buena acción y que intentaría malograrla, así que le pidió que lo hiciera tan bien como Dios le diera a entender y que no se rindiera. Cuando de nuevo regresó sobre el texto, comprobó que podía ver sin confusión, como siempre lo había hecho, tanto a la luz del día como con la del cirio. Y por esta razón, cuando hubo escrito un cuadernillo añadió una hoja, y plasmó en ella este prohemio para dar cuenta de la historia de forma más completa que la que ofrecía el anterior, escrito previamente. *Anno domini* 1436.

LIBRO I: CAPÍTULO 1

Quando este ser tenía unos veinte años o algo más, se desposó con un piadoso ciudadano y al poco tiempo quedó encinta, tal y como designa la naturaleza. Pero después de concebir, estuvo indispuesta y con severos ataques hasta que nació la criatura. Y luego se juntaron de tal forma los dolores del parto con la enfermedad que arrastraba de antes que llegó a temer por su vida. Entonces mandó a llamar a su confesor, pues tenía un peso en la conciencia por algo que nunca había revelado. Su enemigo —el diablo— se había interpuesto en su camino continuamente, murmurándole que mientras tuviera buena salud no necesitaba confesar ni hacer penitencia para sí, y que sería perdonada, pues Dios es lo suficientemente misericordioso. Y

por tanto, aunque ayunaba a pan y agua y hacía otras obras de caridad con oraciones devotas, todavía no había revelado tal secreto en confesión.

Cuando se encontró en cama, enferma y con padecimiento, el diablo la mortificó diciéndole que debía condenarse por no haber confesado esa falta. Por tanto, en cuanto nació su hijo, y creyendo que no sobreviviría, mandó llamar al confesor, como dije antes, deseando relatar toda su vida de forma tan detallada como pudiera. Pero cuando llegó el momento de revelar lo que había ocultado durante tanto tiempo, el confesor empezó a apresurarla y a reprenderla por no expresar llanamente lo que quería decir, y entonces ella decidió no explicarle nada más por mucho que él se lo exigiera. Poco después, debido al miedo a la condena, por un lado, y a la dura reprimenda de aquél, por otro, perdió la razón y quedó trastornada y atormentada por espíritus durante medio año, ocho semanas y algunos días. Durante este período vio en su pensamiento que los diablos abrían sus bocas, inflamadas con llamas ardientes, como si la fueran a devorar, unas veces arañándola, y otras amenazándola, a veces arrastrándola y tirando de ella noche y día. Y también vociferaban con grandes amenazas y le ordenaban que olvidara su fe y creencias cristianas y que renegara de Dios, su madre y todos los santos del cielo, sus buenas obras y todas las buenas virtudes, su padre, su madre y de todos sus amigos. Y así lo hizo. Difamó a su marido, a sus amigos y a sí misma. Pronunció muchas palabras duras y de censura; no reconocía ni virtudes ni bondad; deseaba toda maldad; decía y hacía todo lo que los espíritus la tentaban a decir o hacer. Se habría matado muchas veces cuando la impulsaban a hacerlo, y habría quedado condenada en el infierno con ellos, como demuestra el que se mordiera la mano tan violentamente que le quedaron las señales durante el resto de su vida. Con las uñas se desgarraba la carne hasta el corazón, pues no tenía otra forma de herirse, y algo peor habría hecho de no ser porque la tenían atada de día y de noche para que no hiciera lo que le dictaban los diablos.

Y tras mucho tiempo alterada por éstas y otras muchas tentaciones, hasta el punto de que la gente pensó que nunca escaparía de ellas con vida, cierta vez, sola, cuando sus celadores no estaban con ella, nuestro misericordioso señor Jesucristo —en quien siempre debemos confiar, adorado sea su nombre, nunca olvidando a su sierva en la hora crítica— se apareció ante esta criatura que lo había abandonado, en la forma de un hombre, el más agradable, bello y afectuoso que pueden vislumbrar ojos humanos, vistiendo un manto de seda púrpura y sentado sobre su cama, mirándola con un semblante tan plácido que fortaleció su espíritu, y le dijo las siguientes palabras: «Hija, ¿por qué me has dejado cuando yo nunca te dejé?». Y tan pronto como éstas eran pronunciadas, vio que el aire se iluminaba y se deshacía, como un rayo, y lo contempló ascender hacia allí, no de forma apresurada y rápida, sino hermosa y paulatinamente, por lo que lo pudo divisar con nitidez hasta que el aire se volvió a cerner, cerrando el espacio. Al poco rato la criatura recobró el sentido y la razón y preguntó a su esposo, en cuanto llegó, si le podía dar las llaves de la despensa para tomar comida y bebida, como había hecho siempre. Sus doncellas y celadores le advirtieron que no debía confiárselas, pues repartiría todas las provisiones, ya que pensaban que no sabía lo que decía. Sin embargo, su marido, que siempre fue tierno y compasivo hacia ella, les ordenó entregarle las llaves. Tomó tanta



comida y bebida como su cuerpo pudo tragar y de nuevo reconoció a sus amigos y a los de su casa. [...]

CAPÍTULO 6

Otro día, se entregó a la meditación tal y como se le había ordenado y mientras yacía así, se preguntaba en qué debía abstraerse. Entonces dijo a nuestro señor Jesucristo: «Jesús, ¿en qué debo pensar?». En su mente, nuestro Señor le respondió: «Hija, concéntrate en mi madre, pues ella es la causa de toda la gracia que has recibido». Y acto seguido vio a Santa Ana encinta, y le rogó que la dejara ser su doncella y sirvienta. Entonces nació nuestra Señora, y ella se apresuró a recogerla y a tomarla a su cargo hasta que tuvo doce años, ofreciéndole comida y bebida, bellos ropajes y pañuelos blancos. Luego dijo a la bendita niña: «Mi señora, seréis la madre de Dios». La bienaventurada muchacha dijo: «Desearía ser digna de ser doncella de quien concibiera al hijo de Dios». Le contestó: «Ruego para que, mi señora, si tal gracia recae sobre vos, no deseéis que cese mi servicio para con vos». La santa doncella partió durante una temporada —mientras la criatura permanecía aún en contemplación— y regresó luego y dijo: «Hija, ahora sí soy la madre de Dios». Entonces se arrodilló con gran veneración y abundante llanto y dijo: «No soy digna, mi señora, de servirlos». «Sí, hija», dijo, «sígueme; estoy satisfecha con tu servicio».

En esos días marchó con nuestra Señora y con José, llevando una vasija de vino endulzado con miel y especias. Fueron a casa de Isabel, la madre de San Juan el Bautista, y cuando María e Isabel se encontraron, ambas se mostraron cortesía y así moraron juntas con amplia gracia y alegría durante doce semanas. Y entonces nació San Juan, y nuestra Señora lo tomó del suelo con toda solemnidad y se lo dio a la madre, diciendo que sería un hombre santo, bendiciéndolo. Más tarde se separaron con lágrimas de aflicción y entonces la criatura se arrodilló ante Santa Isabel y le suplicó que rogara a nuestra Señora que la dejara aún servirla y agradecerla. «Hija», dijo Isabel, «a mi parecer estás cumpliendo muy bien con tus obligaciones». Entonces la criatura partió con nuestra Señora hacia Belén y le procuró alojamiento para todas las noches con gran devoción, de forma que fue acogida con mucha jovialidad. También pidió para ella trozos de tela blanca y pañoletas para arropar al hijo cuando naciera; y cuando nació Jesús arregló los lechos para nuestra Señora y su bendito retoño. Luego mendigó comida para ella y su bienaventurado pequeño. Lo arropó después, derramando amargas lágrimas de compasión, consciente de la dolorosa muerte que sufriría por amor a la humanidad pecadora, diciéndole: «Señor, os trataré gentilmente; no os envolveré y no os anudaré con fuerza. Os ruego que no os sintáis resentido conmigo».

CAPÍTULO 11

Ocurrió un viernes, en la víspera de San Juan, en una temporada de mucho calor, cuando esta criatura iba desde York cargando con una garrafa de cerveza en la



mano y su marido llevaba un pastel envuelto en sus ropas contra el pecho —que el esposo le preguntó: «Margery, si viniera un hombre con la intención de cortarme la cabeza con su espada a menos que hiciéramos el amor como solíamos hacerlo antes, decidme en conciencia —pues decís que no mentís— ¿permitiríais que me decapitara antes de dejarme hacer el amor con vos como en el pasado?». «Ay, señor», dijo ella, «¿por qué estáis siempre sacando este asunto, cuando hemos sido castos las últimas ocho semanas?». «Porque quiero saber la verdad de corazón». Y entonces ella le dijo con gran pesar: «La verdad es que preferiría veros muerto antes que regresar a aquella inmundicia nuestra». Y él replicó: «No sois buena esposa». Entonces le preguntó al marido por qué se había abstenido durante esas ocho semanas, pues ambos habían yacido en la misma cama todas las noches. Y él le contestó que su miedo a tocarla era tal que ya no se atrevía ni a acercársele. «Bien, buen señor, enmendad vuestro comportamiento y suplicad la misericordia divina, pues os dije hace casi tres años que vuestro deseo sería repentinamente cercenado, y de esto hace ya tres años, y espero alcanzar mi cometido. Buen señor, os ruego que me concedáis lo que pido, y rogaré por vos para que os salvéis por la intercesión de nuestro señor Jesucristo, teniendo más recompensa en el cielo que si hubierais llevado un cilicio o una cota de malla como penitencia. Os ruego que me permitáis hacer mi voto de castidad por mano de cualquier obispo que Dios designe». «No», dijo él, «no permitiré que lo hagáis, pues ahora os puedo tomar sin pecado mortal y de la otra forma no». Entonces ella replicó: «Si es la voluntad del Espíritu Santo que se ejecute lo que he dicho, ruego a Dios que consintáis en ello; y si no lo es, le ruego que nunca lo hagáis».

Entonces siguieron hacia Bridlington y hacía tanto calor que esta criatura sentía cada vez más desasosiego y miedo por su castidad. Y al llegar a una cruz su marido se sentó cerca, llamándola y diciéndole: «Margery, hacedme el gusto y yo me avendré a vuestros anhelos. Mi primer deseo es que estemos juntos en la cama como solíamos estar; el segundo, que os hagáis cargo de mis deudas antes de ir a Jerusalén; y el tercero, que comáis y bebáis conmigo los viernes como en el pasado». «No, señor», dijo, «nunca accederé a romper mi ayuno de los viernes mientras viva». «Bien», dijo él, «entonces me dispongo a yacer con vos otra vez». Ella le rogó que antes le dejara decir sus oraciones, y él amablemente se lo permitió. Entonces se arrodilló en el campo al lado de la cruz e imploró de esta manera, con abundantes lágrimas: «Señor Dios, tú lo sabes todo. Conoces las penas que he pasado para ser casta de cuerpo durante estos tres años, y ahora quisiera hacer mi voluntad y no me atrevo, por amor a ti. Pues mi afán sería romper el ayuno de carne y bebida de los viernes que me ordenaste. Pero, bendito Señor, sabes que no iré contra tus designios, y grande es mi pena a menos que encuentre consuelo en ti. Ahora, bendito Jesús, haz saber tu voluntad a este humilde ser para que pueda seguirla y llevarla a cabo con todas mis fuerzas». Y entonces nuestro señor Jesucristo le habló con gran dulzura, ordenándole que volviera junto a su marido y le pidiera que accediera a su petición: «Y él tendrá lo que desea. Pues, mi querida hija, ésta era la razón por la que te ordené ayunar, para que obtuvieras más prontamente lo que te deleita; y ahora te es dado. Ya no me complace que ayunes, y por tanto, te ordeno en el nombre de Jesús que comas y bebas como hace tu marido». Entonces esta criatura le agradeció

su gracia y bondad y a continuación se levantó y se dirigió hacia su esposo, diciéndole: «Señor, si os place, me daréis lo que deseo, y a cambio tendréis lo que queréis. Acceded a no venir a mi cama y os concedo pagar vuestras deudas antes de partir hacia Jerusalén; consentid en que libere mi cuerpo para Dios, de forma que nunca más podáis reclamarme o pedir la deuda conyugal después de hoy y mientras vivas —y yo comeré y beberé los viernes según me requerís».

CAPÍTULO 14

Esta criatura pensó que sería un regocijo el ser vituperada a causa de su amor por Dios. Resultaba un gran alivio y consuelo que la criticaran y vilipendiaran por devoción a Jesús, por criticar el pecado, hablar de la virtud, o conversar sobre la Escritura, de la cual había aprendido por los sermones y por sus pláticas con los estudiosos. Imaginó qué tipo de muerte tendría que sufrir por el bien de Cristo. Le habría gustado inmolarse por amor a Dios pero el momento de la muerte la intimidaba, por lo que, ante la falta de fortaleza, se imaginaba la suya un poco más liviana, atada a una estaca de pies y cabeza, y decapitada por adoración a Dios.

Entonces en su pensamiento nuestro Señor le dijo: «Te agradezco, hija, que desees una muerte horrible por fidelidad hacia mí, pues tanto como te la planteas, tendrás una recompensa comparable en el cielo a si te hubieran martirizado realmente. Aun así, nadie te matará, ni te prenderá fuego, ni agua alguna te ahogará, ni los vientos de dañarán, pues no puedo olvidarte a ti ni cómo estás grabada en mis manos y pies —he compensado con creces los dolores que pasé por ti. Nunca me enfadaré contigo sino que te amaré sin fin. Aunque el mundo entero se ponga en tu contra, no temas, pues no te pueden entender. Te prometo que si me fuera posible padecer la Pasión de nuevo, preferiría sufrir sólo los dolores que pasé por tu alma antes que separarnos para siempre. Por tanto, hija, igual que el sacerdote lleva al niño a la pila bautismal, lo sumerge en el agua y lo purifica del pecado original, de igual forma aclararé en mi preciosa sangre todas tus faltas. Y aunque a veces retire de ti el sentimiento de la gracia, bien sea en el hablar o en el llorar, no temas, pues estoy oculto en tu interior. No debes vanagloriarte sino reconocer que sólo derramarás lágrimas o gozarás de conversaciones espirituales cuando Dios te las envíe, pues son dones divinos que no responden a tus méritos, y Dios los concede sólo a quien desea; y no harás mal. Por tanto, tómalos humilde y alegremente cuando te los envíe, sufre pacientemente cuando te los retire, y busca con diligencia hasta que los obtengas, pues las lágrimas de compunción, devoción y compasión son los más altos y seguros dones que entrego sobre la tierra. Qué más podría hacer por ti sino sacar tu alma del cuerpo y trasladarla al cielo, lo cual no haré aún. Sin embargo, dondequiera que Dios está, está el cielo; y así Dios se halla en tu alma, y muchos ángeles alrededor de ella para guardarla día y noche. Pues cuando vas a la iglesia, te acompaño; cuando te sientas a comer, me siento contigo; cuando te retiras al lecho, me recojo contigo; y cuando sales de la villa, parto contigo. Hija, nunca hubo mancebo tan manso para mi padre como lo he sido yo para ti, para ampararte y socorrerte. Distribuyo mi gracia como hace el sol. Sabes que a veces el sol brilla para



que lo contemple la muchedumbre, y otras se oculta tras una nube para que no lo adivinen, pero aun así sigue siendo el sol en su calor y su brillo. Así mismo procedo yo contigo y con las almas escogidas. Aunque no puedas llorar siempre que lo anheles, mi gracia permanece en ti. [...]

CAPÍTULO 19

Antes de ir a Jerusalén, nuestro Señor la envió a una dama muy respetable para que confidencialmente le diera por mediación suya un mensaje. Pero la dama no quería hablar con ella a menos que hubiera un confesor presente, a lo que ella se avino. Cuando hubo llegado el confesor, los tres pasaron juntos a una capilla y entonces esta criatura le dijo con gran respeto y muchas lágrimas: «Señora, nuestro Señor Jesucristo me envía a decirnos que vuestro marido está en el purgatorio y que se le debe salvar, pero que pasará mucho tiempo antes de que vos misma vayáis al cielo». La dama se encolerizó y dijo que su marido había sido un buen hombre y que no creía que estuviera en el purgatorio. El confesor se puso de parte de la criatura y añadió que bien podría ser como ella había dicho, contando muchas historias piosas. Esta dama envió entonces a su hija junto a otras de su parentela a ver a un anacoreta que era el principal confesor de esta criatura, para que la abandonara, o de no hacerlo, perdería su amistad. Él dijo a las mensajeras que no dejaría de asistir a esta criatura por ningún hombre sobre la tierra, y a quienquiera que le preguntara sobre su comportamiento y modales le diría que era la mismísima sierva y el tabernáculo de Dios.

CAPÍTULO 28

[...] Pasó muchas tribulaciones hasta llegar a Jerusalén. Cuando esta criatura vio la ciudad —en ese momento iba sobre un asno— se lo agradeció a Dios de todo corazón, rogando que por su merced, igual que le había concedido ver la ciudad terrenal, le permitiera la gracia de ver la Jerusalén celestial. Nuestro Señor Jesucristo le otorgó este deseo. Entonces la alegría y la dulzura que la embargaron por la conversación con nuestro Señor fueron tales que estuvo a punto de caer del asno, pues no podía soportar tal gentileza y gracia en su alma. Inmediatamente se le acercaron dos peregrinos alemanes y evitaron que cayera —uno era sacerdote y le puso especias en la boca para auxiliarla, pensando que estaba enferma. Y así la ayudaron a seguir hasta Jerusalén, y cuando llegó les advirtió: «Señores, os ruego que no os enojéis si lloro amargamente en este santo lugar donde nuestro Señor Jesucristo vivió y murió». Seguidamente se encaminaron hacia la Iglesia del Santo Sepulcro y se les permitió quedarse desde esa tarde hasta la siguiente. Los frailes alzaron la cruz y guiaron a los peregrinos de un punto a otro de la procesión, por donde nuestro Señor había sufrido su suplicio y Pasión, seguidos por todos los hombres y mujeres, que portaban un cirio. Y a medida que los frailes caminaban, iban relatando los padecimientos de nuestro Señor en cada estación. Esta criatura





lloraba y sollozaba tan abundantemente como si estuviera viendo con sus propios ojos el sufrimiento y la Pasión. Frente a sí lo presenció en su alma mediante la contemplación, y eso le causó aún más lástima. Y cuando llegaron al Monte del Calvario, se derrumbó pues ya no podía sostenerse ni arrodillarse, sino convulsionarse y contraerse, agitando los brazos en todo lo ancho y gritando con tan altas voces como si el corazón se le hubiera partido, pues en la ciudad de su alma vio de forma lúcida y viva cómo se crucificaba a nuestro Señor. Ante su rostro oyó y percibió con su visión espiritual los gemidos de nuestra Señora, de San Juan y de María Magdalena y otros muchos que amaban a nuestro Señor.

Y sintió gran compasión y tal congoja al ver el padecimiento que no podía evitar plañir y clamar como si fuera a morir. Ésta fue la primera vez que lloró ante una visión contemplativa. Este tipo de llanto le duró ya muchos años, a pesar de sus esfuerzos por evitarlo, pues sufrió muchas críticas y rechazos a cuenta de ello. El llanto era tan escandaloso y espeluznante que desconcertaba y confundía a los presentes, a menos que lo hubieran oído antes o supieran su razón de ser. Y le sobrevenía tan a menudo que acababa debilitándola físicamente, sobre todo si lo que escuchaba era la Pasión de nuestro Señor. Y a veces, cuando contemplaba el crucifijo, o si veía que un hombre o cualquier tipo de animal tenía una herida, o si un hombre pegaba a un niño o fustigaba al caballo o a cualquier otra bestia con su látigo, si lo veía u oía, se imaginaba que era nuestro Señor quien estaba siendo golpeado o herido, estuviera ella frente al hombre o a la bestia, en los campos o en la ciudad, sola o entre la multitud.

Estos primeros lloros de Jerusalén los volvió a experimentar en Roma. Y cuando regresó a Inglaterra le venían muy de tarde en tarde, quizás una vez al mes, luego una vez por semana, y después diariamente, incluso catorce veces en un día, mientras que otro día tuvo siete, pues Dios decidía visitarla, bien estuviera en la iglesia, en la calle, en su aposento, en los campos, o simplemente, cuando prefería enviarlos, pues ella nunca supo el día o la hora en que llegarían. Pero nunca vinieron sin gran delicadeza y devoción y alta contemplación. Y en cuanto notaba que iba a llorar, intentaba comedirse, pues a la gente no le agradaba oírla y se enfadaba. Algunos decían que un espíritu maligno la atormentaba; otros que era una enfermedad; algunos que había bebido más vino de la cuenta; algunos la maldecían, otros deseaban verla en el puerto, y aun otros, en medio del mar en un barco sin fondo; y así cada uno según su parecer. Otros, espiritualmente inclinados hacia ella, la amaban y estimaban cada vez más. Algunos grandes estudiosos declaraban que nuestra Señora nunca había llorado, ni los santos del cielo, pero éstos no sabían lo que sentía, ni se creían que no pudiera controlarse si realmente lo deseaba. [...]

CAPÍTULO 30

[...] Camino de Venecia, muchos de sus compañeros de viaje enfermaron, y Dios le decía en todo momento: «No temas, hija, nadie morirá en este barco en que te encuentras». Ella comprobó que sus presentimientos eran ciertos y cuando nuestro Señor los trajo a todos a Venecia sanos y salvos, sus compatriotas la abandona-

ron, dejándola sola. Algunos protestaban que ni por cien libras seguirían con ella. Cuando se hubieron ido, nuestro Señor Jesucristo —que siempre ayuda y nunca abandona al siervo que confía en su merced— le dijo: «No te asustes, hija, porque yo proveeré y te llevaré a Roma y de nuevo a casa en Inglaterra sin desgracia para tu cuerpo, si te vistes con prendas blancas y los usas como te dije mientras estabas en Inglaterra». Entonces esta criatura, con gran desdicha y duda, le contestó en su mente: «Si eres el espíritu de Dios que habla en mi alma y puedo probar que eres un espíritu de verdad a través del consejo de la Iglesia, obedeceré tu voluntad; y si me llevas a Roma sana y salva, vestiré ropas blancas, incluso aunque el resto del mundo se extrañe, por tu amor». «Ve, hija, en el nombre de Jesús, pues soy el espíritu de Dios, que te ayudará en toda necesidad, iré contigo y te ayudaré en todos los lugares —y por tanto, no desconfíes de mí. Nunca me encontraste faltándote, ni te ordené hacer nada sino lo que es adoración de Dios y beneficio para tu alma si quieres obedecer; e infundiré en ti gracia abundante».

Justo entonces, cuando miró a su lado, vio a un pobre hombre sentado allí, con una gran joroba en la espalda. Sus ropas estaban llenas de parches y parecía tener unos cincuenta años. Entonces se dirigió a él y dijo: «Buen hombre ¿qué le ocurre a vuestra espalda?». Él dijo: «Se quebró de una enfermedad, señora». Le preguntó el nombre y de dónde era. Le contestó que se llamaba Richard y que procedía de Irlanda. Entonces recordó las palabras de su confesor, el santo anacoreta, como escribía arriba, que le había dicho en Inglaterra: «Hija, cuando vuestros compañeros os abandonen, Dios proveerá para vos un hombre con la columna quebrada que os escoltará a donde queráis ir». Entonces con espíritu alegre le dijo: «Buen Richard, llevadme a Roma y os daré una recompensa por las molestias.» «No, señora», dijo, «sé muy bien que tus paisanos te han abandonado y me sería difícil escoltarte. Tus compañeros tienen arcos y flechas con que defenderse y yo no llevo más arma que un tabardo lleno de remiendos. Y aun temo más que me roben los enemigos, y que incluso te puedan raptar y forzar; y por eso no me atrevo a escoltarte ni por cien libras, pues podrías sufrir cualquier desgracia por estar conmigo». Entonces ella replicó: «Richard, no tengáis miedo. Dios nos cuidará bien y os daré dos nobles por vuestros desvelos.» Entonces accedió y partieron juntos. Poco después, se les unieron dos frailes grises y una mujer que venía con ellos desde Jerusalén, y que traía un asno cargando con un cofre que contenía una figurita de nuestro Señor. Y entonces Richard dijo a la criatura: «Irás con estos dos hombres y esta mujer y nos encontraremos por la mañanas y al atardecer, pues debo volver a la mendicidad con que me gano la vida. Ella siguió su consejo y continuó con los frailes y la mujer. Ninguno de ellos podía entender su idioma, pero aun así le dieron comida, bebida y alojamiento todos los días, tal y como hacían consigo mismos o aun mejor, por lo que ella se veía obligada a rogar mucho por ellos. Y todas las tardes y las mañanas, Richard el de la espalda doblada llegaba y le traía contento, como le había prometido. La mujer que portaba la imagen en el cofre, en cuanto llegaban a las grandes ciudades, sacaba la figura y la colocaba en el regazo de las comadres respetables. Éstas la vestían con sayuelas y la besaban como si hubiera sido el propio Dios. Y cuando la criatura comprobaba la adoración y reverencia que ofrecían a la figura, una dulce devoción y meditación se apoderaba de ella, por lo

que lloraba con grandes sollozos y gritos enormes. Y se conmovía mucho más porque en Inglaterra había meditado sobre el nacimiento y la infancia de Cristo y le agradecía a Dios que todas estas criaturas tuvieran gran fe en lo que ella veía con los ojos del cuerpo, tal y como la había tenido ella con lo que percibía su mirada interior. Cuando estas buenas mujeres veían a la criatura llorando, atribulada y quejumbrosa de forma tan conmovedora y con tal fuerza que casi se la llevaba su aflicción, disponían una cama blanda y la colocaban sobre ella, y la sosegaban tanto como podían por amor a Dios —bendito sea.

CAPÍTULO 47

Entonces el senescal de Leicester, un hombre bien parecido, la envió a buscar a la prisión, pero el carcelero no estaba en casa y su mujer se negaba a dejar que nadie, senescal o no, se llevara a la prisionera. Cuando el carcelero se enteró de esto se apresuró a llevarla él mismo ante el senescal y tan pronto como éste la vio comenzó a hablarle en latín, al tiempo que muchos sacerdotes y otras gentes escuchaban atentamente. Ella replicó al senescal: «Hablad en inglés, si me hacéis el favor, porque no entiendo lo que decís». Él le dijo: «Mientes como una bellaca, en inglés llano». Y ella le contestó: «Señor, preguntad lo que queráis en inglés, y con la gracia de mi señor Jesucristo os contestaré razonablemente». [...]

CAPÍTULO 51

En otra ocasión un ilustre sacerdote le vino a preguntar cómo interpretar las palabras *Crescite et multiplicamini*. Ella contestó: «Señor, estas palabras no se deben entender sólo como aplicables a la concepción de niños, sino también a la multiplicación de la virtud, que es el fruto espiritual, tal como lo es el escuchar las palabras de Dios, el dar buen ejemplo, la dulzura y la paciencia, la caridad, la castidad y tales cosas —pues la paciencia es más valiosa que el operar milagros». Y a través de la gracia divina contestó de esta manera al cura, que se mostró satisfecho. Y nuestro Señor, en su merced, siempre hizo que algunos hombres la estimaran y la respaldaran.

Y así fue que en la ciudad de York había un doctor en teología, el maestro John Aclom, también un canónigo del Minster, Sir John Kendale y otro cura que cantaba misa cerca de la tumba del obispo, que eran buenos amigos suyos entre los eclesiásticos. Y así ella se detuvo en aquella ciudad durante catorce días, tal y como había dicho, y algo más, y los domingos recibía comunión en el Minster con muchos sollozos, gestos violentos y fragosos gemidos, tanto que mucha gente se preguntaba qué le pasaba. Así que poco después un sacerdote —parece que ilustre— le dijo: «Mujer, dijiste cuando llegaste que te detendrías sólo catorce días». «Sí, señor, con vuestro permiso, he dicho que estaría aquí catorce días, pero no añadí nada sobre si permanecería más o menos. Por el momento, señor, te comunico que no pienso partir aún». [...]



[...] Al día siguiente, la condujeron a la capilla del arzobispo, y llegaron muchos de los sirvientes ultrajándola y gritándole «lolarda» y «hereje», y vociferando con horribles blasfemias que debería ser quemada. Y alentada por la fuerza de Jesús ella les replicaba: «Señores, temo que arderéis en el infierno eternamente a menos que os enmendéis de vuestros juramentos, pues no guardáis los mandamientos de Dios. Yo no juraría como vosotros ni por todo el dinero del mundo». Entonces se retiraron, como avergonzados, y ella, musitando sus oraciones, pidió la gracia necesaria para comportarse ese día como más agradara a Dios, y para favorecer a su propia alma y ser un buen ejemplo para sus discípulos cristianos. Nuestro Señor, contestándole, le reveló que todo iría bien. Al final, el dicho arzobispo entró en la capilla con sus clérigos y le dijo bruscamente: «¿Por qué vistes de blanco? ¿Acaso eres doncella?». Ella, arrodillándose ante él, declaró: «No, señor, no soy doncella; soy casada». Ordenó que la maniataran con un par de cadenas y advirtió que debía permanecer esposada, pues era una falsa hereje, y ella alegó: «Yo no soy hereje, ni podéis demostrar que lo sea».

El arzobispo salió y la dejó sola. Durante mucho tiempo rezó sus oraciones a nuestro Señor Todopoderoso para que la socorriera contra todos sus enemigos tanto en espíritu como en cuerpo, y su carne temblaba y se estremecía de forma tan prodigiosa que se alegró de poder ocultar las manos bajo la ropa, para que no se notara. El arzobispo regresó poco después con muchos clérigos ilustres, entre los que se hallaba el mismo doctor que la había examinado antes y el monje que había predicado contra ella poco antes en York. Algunos de entre la gente decían que era una buena mujer y otros que no. El arzobispo tomó asiento y sus clérigos también, según su rango, frente a un gran gentío. Y durante todo el rato en que se congregó la gente y el arzobispo se sentó, la criatura permaneció al fondo, elevando sus plegarias con gran devoción y durante tanto tiempo que se derritió en lágrimas. Y al final gritó con voz imponente, de forma que el arzobispo, los clérigos y mucha gente quedaron espantados, pues nunca antes habían escuchado sus alaridos. Cuando se le hubo pasado la llantina, se acercó al arzobispo y se puso de rodillas ante él. Aquél le preguntó de forma desagradable: «¿Por qué lloras así, mujer?». Ella respondió: «Señor, algún día desearéis haber llorado tan desconsoladamente como lo he hecho yo». Y entonces él sacó los artículos de la fe —a los que Dios le concedió la gracia de contestar correctamente, veraz y con seguridad, sin apenas pararse a pensar, por lo que no pudo ser criticada— y comunicó a sus clérigos: «Conoce suficientemente bien su credo. ¿Qué he de hacer con ella?». Ellos dijeron: «Sabemos bien que conoces los artículos de la fe, pero no dejaremos que mores entre nosotros, pues la gente confía en tu charlatanería y quizás los llesves por mal camino». Entonces le dijo el arzobispo: «Me han dicho cosas muy penosas sobre ti. He oído decir que eres una mujer mala». Y ella replicó: «Señor, yo también he oído que sois un hombre malo. Y si lo sois tanto como dicen, nunca entraréis en el cielo, a menos que os corrigáis mientras estáis aquí». Entonces él gritó airadamente: «¡Tú...! ¿Qué es lo que murmura la gente de mí?». Ella contestó: «Los demás, señor, os lo pueden contar». En ese instante un clérigo con un capuchón de piel bramó: «Silencio, habla sobre ti misma y deja de referirte a él».

Después el arzobispo le indicó: «Pon tu mano sobre este libro y jura que saldrás de mi diócesis tan pronto como puedas». «No, señor», dijo ella, «os ruego que me deis permiso para regresar a York y despedirme de mis amigos». Y aunque se lo concedió para uno o dos días, a ella le pareció poco y replico: «Señor, no puedo salir de esta diócesis tan apresuradamente, pues debo hablar antes con varios hombres piadosos; y debo, con vuestra venia, ir a Bridlington y conversar con mi confesor, un hombre virtuoso que fue confesor del bondadoso prior que ahora está canonizado». Entonces el arzobispo le exigió: «Me jurarás que no enseñarás a la gente nada y que no los congregarás en mi diócesis.» «No, señor, no juraré», dijo ella, «pues allá donde vaya hablaré de Dios y reprocharé su acción a los que blasfemen, al menos hasta que el papa y la santa Iglesia ordenen que se hable de Dios, pues Dios Todopoderoso no prohíbe, señor, que se converse sobre él. Y el Evangelio menciona que cuando una mujer oyó predicar al Señor, se le puso delante y exclamó en voz alta: ‘Bendito el vientre que te cargó y los pechos que te amamantaron’. Entonces nuestro Señor le contestó: ‘En verdad, bienaventurados los que escuchan la palabra de Dios y la guardan’. Y por tanto, señor, pienso que los Evangelios me dan permiso para hablar de Dios». «¡Ah, señor!», dijeron los clérigos, «aquí vemos que tiene al diablo dentro, pues habla del Evangelio». Un clérigo imponente sacó con rapidez un libro y citó a San Pablo para contrarrestar esa frase, argumentando que las mujeres no deben predicar. Ella, contestando a esto protestó: «Yo no predico, señor; no me subo a los púlpitos. Sólo converso y digo buenas palabras, y lo seguiré haciendo mientras viva». [...]

CAPÍTULO 73

[...] En otra ocasión dicha criatura presenció —mientras meditaba— cómo nuestra Señora estaba en trance de muerte y los apóstoles la acompañaban, arrodillados todos a su alrededor, y le pedían su gracia. Entonces empezó a llorar y a gemir lastimosamente. Los apóstoles le ordenaron que parara y se estuviera callada. Ella les contestó: «¿Acaso consentiríais que viera cómo muere la madre de Dios y no llorara? No puede ser, pues estoy tan llena de dolor que no lo puedo resistir. Simplemente, debo llorar y sollozar». [...]

LIBRO II: CAPÍTULO 6

[...] Por la mañana temprano, tras pagar el alojamiento, preguntó a los posaderos si sabían de alguna partida de peregrinos que viajara hacia Aquisgrán, y le dijeron que no. Tras alejarse de allí, se dirigió a la iglesia para descubrir si su sentimiento era verdadero o no, y en cuanto llegó se encontró con una compañía de gente pobre. Le preguntó a uno de ellos a dónde se dirigían y contestó que a Aquisgrán. Le pidió si la dejaban viajar en su grupo. «¿Por qué, señora?», dijo él, «¿no tienes a ningún hombre que vaya contigo?». «No», dijo ella «mi ayudante me ha abandonado». Así que la recibieron en el grupo de los pobres y cada vez que



llegaban a una ciudad, ella compraba su propia comida mientras ellos se dedicaban a mendigar. Cuando estaban en las afueras sus compañeros se solían quitar la ropa y se sentaban desnudos juntos para espulgarse. La necesidad la obligaba a esperarlos y a prolongar su viaje, lo que lo hizo mucho más costoso. Temía quitarse la ropa como hacían sus acompañantes, pero al final, por andar cerca de ellos, se le acabaron pegando las pulgas, que la mordieron y picaron terriblemente de día y de noche, hasta que el Señor le envió otros compañeros. Permaneció con ellos con gran angustia e incomodidad, y con mucho retraso, hasta que llegaron a Aquisgrán.

MARÍA BEATRIZ HERNÁNDEZ PÉREZ
Universidad de La Laguna

